

San José, Costa Rica

1925

Lunes 10 de Agosto

SEMÁNARIO DE CULTURA HISPANICA

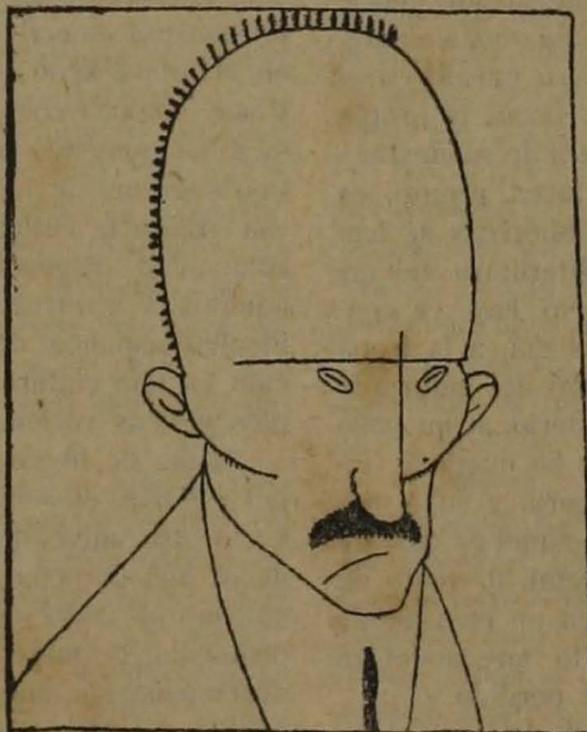
SUMARIO: *La figura de Vasconcelos*, por R. Blanco-Fombona.—*José Vasconcelos*, por Eugenio D'Ors.—*José Vasconcelos*, por Luis Araquistain.—*El sueño hispánico*, por Ramiro de Maeztu.—*Vasconcelos y el destino de América*, por Andreño.—*Dos notas de la Juventud Universitaria*.—*Los parias*, por Joaquín Quijano Mantilla.—*Las orquídeas*, por J. J. Salas Pérez.—*México*.—*Dulzura crepuscular*, por Carlos Luis Sáenz.—*Unión Latino-Americana*. Sección Argentina.—*Roberto Rubí*, por A. H. Pallais.—*Palique*, por Eugenio D'Ors.—*Manuel González Prada*, por Germán Leguía Martínez.—*Nuestros inmigrantes*, por Manuel González Prada.—*Salutación*, por Vicente Geigel Polanco.—*Mensaje de Romain Rolland a la juventud ibero-americana*.—*Tablero*.—*Pregón lírico*, por José Santos Chocano.—*Arte infantil mejicano*, por Pedro Figari.—*Las inconsecuencias de los viejos*, por Roberto Castrovido.

Ha llegado a Madrid, procedente de su patria, Méjico, D. José Vasconcelos.

La figura de Vasconcelos

En la educación funda Vasconcelos sus esperanzas de reformador social. El maestro es su héroe.

¿Quién es D. José Vasconcelos? No se trata de un personaje oficial, de un hombre de aparato, de un tipo de relumbrón. Se trata de un valor auténtico, substantivo. Escritor, pensador, filósofo, reformador social, apóstol, hombre de bien, de energía y de veracidad, ha sido Vasconcelos una de las figuras culminantes de la gran revolución social ocurrida en Méjico. En esta revolución fué el ex-presidente de la República general Obregón el reformador radical de la economía agrícola; don José Vasconcelos—primero rector de la Universidad y más tarde ministro de Educación Pública—, el reformador radical en la instrucción y educación del pueblo.



Don José Vasconcelos

Por BAGARÍA.

La influencia de este hombre no se reduce a su país. La América hispana, de un cabo a otro, lo considera como una de sus columnas de fuego. Méjico, disociado de América por el déspota Porfirio Díaz, ha sido reintegrado a la comunidad americana por José Vasconcelos. Este apóstol de la dignidad humana en todas sus formas ha sido enemigo en su patria, desde la oposición, de los tiranos de Méjico—principalmente del odioso Porfirio—, y ha sido desde el Gobierno enemigo de los poderosos arbitrarios que aun deshonran a algunos pueblos de América. El Gobierno de Méjico, inspirado por Vasconcelos, dió ejemplo de una nueva y más alta moral política, y rompió sus relaciones con el anacrónico desgobierno venezolano.

No para aquí el amor de este ciudadano a la libertad y al derecho. Si combate el despotismo de los hombres también combate el despotismo de unos pueblos sobre otros pueblos. Nadie más enérgico adversario del imperialismo yanqui. El reverso de este odio—en él como en otros—es el afecto a España, la reivindicación de su personalidad histórica y el anhelo de despertar y unir para una vida más coherente y una acción internacional común a las repúblicas de la América hispánica. En nuestros países, ya corregidos y mejorados por la educación, tiene fe. «Por mi raza hablará el espíritu», dió por lema a la Universidad mejicana.

más de lo que consume y el que da un poco más de lo que recibe. No sirve el que nada produce ni sirve tampoco el que acapara».

Este hombre honrado hace cumplida justicia a España, inspirando a los maestros las reformas que han menester introducir en la enseñanza de la Historia. Lo que dice Vasconcelos de España y la ocasión en que lo expone y la autoridad con que lo enseña son de mucha importancia.

«...Tampoco sería posible negar el mérito de virreyes y arzobispos como Zumárraga y Antonio de Mendoza, ni el de Luis de Velasco, que dijo: «Más importa la libertad de los indios que todas las minas del mundo». Revillagigedo hizo justicia sin derramar sangre, y no acumuló fortuna propia; pero sí llenó la colonia de edificios, de calzadas, de caminos, de progreso.

»Que se diga a los niños lo que hace cien años no se les enseñó, porque un patriotismo estúpido lo veda tácitamente, y es que en el siglo xviii y desde el final del xvii hubo en

nuestra patria la civilización más intensa que entonces se conocía en América; que hubo entonces arquitectos, y pintores, y sabios, y literatos, y escuelas, y universidades e imprentas.

«¿Cómo podremos creer en nosotros mismos si comenzamos negando nuestras raíces? Vivimos en el servilismo de imaginar que todo lo que es cultura, ha de tener etiqueta de importación reciente, como si nada valiese el esfuerzo de los siglos...»

Agréguese, para terminar este esbozo de tan noble figura, que José Vasconcelos ha roto, aunque no por motivos ideológicos, con el Gobierno del general Calles. Y que este hombre probo, que manejó millones, vive de su actividad intelectual.

El que quiera conocerlo más a fondo lea cualquiera de sus obras: *Prometeo*, por ejemplo.

R. BLANCO-FOMBONA

(*La Voz*, Madrid).

José Vasconcelos

UNA emoción de fraternidad muy profunda me sacude ahora, en presencia de José Vasconcelos. He aquí uno, siquiera, que no hacía trampas. Jugó y perdió. Pero su puesto en el juego no era una ficha convencional, sino de veras, la propia vida; y cuando cortó la baraja fué a filo y altura de su destino.

Perdió. De su magnífica campaña por las luces, pronto, en México, no quedará sino la memoria. Sus bibliotecas se han deshecho. La colección de grandes obras de literatura universal, que regalaba al pueblo, se ha agotado. No hay ya consignación oficial para *El Maestro*, su orden del día, a la tropa de los educadores. El problema de la elevación del indio a la cultura no ha dado, desde su salida del ministerio, ni un paso más... ¡Ah, pero en cada uno de estos vacíos ha quedado, inconfundible, el sello de una parte de su figura; y en el ensamble de ellos, la figura entera; al modo de aquellos troqueles, donde, en las fundiciones, se enfría el metal hirviente de las estatuas! Que la huella de un hombre en un país puede medirse de dos maneras: o por el bulto de lo que aquél ha dejado o por el hueco de lo que sin él se ha perdido.

¡Anda, navega por las rutas de Europa y de la incertidumbre, creador en América, tan seguro ayer...! Pero que esta incertidumbre sobre el futuro no manche, en tu propia conciencia, el precio de tu pasado. No te quejes de nada, no te arrepientas de nada, no reniegues de nada. En verdad te digo, Vasconcelos, que tú hubiste la mejor parte. Y que este pobre gazpacho que hoy aliñamos juntos en nuestra mesa de jornaleros no fuera tan sabroso de no tener, para sazonzarlo, con las sales de la amistad y los aceites de la filosofía, aquellas esencias cuya acidez has conocido—los vinagres de la ingratitud.

EUGENIO D'ORS

(*A. B. C.*, Madrid).

José Vasconcelos

HAY un tipo de americano — anglosajón o hispánico — que cuando viene a determinados países de Europa parece olvidar el sentido histórico e ideal de América, y acaso también lo olvide en su propia patria, pues no hay que suponer que sólo el Atlántico sea causa de esta grave amnesia. Es ese linaje de hombres que buscan precisamente aquello que el espíritu de las democracias americanas niega: árboles genealógicos y comercio con clases e instituciones que representan la antite-

sis de América y que justificaron las revoluciones políticas de su independencia y de su agitada formación subsiguiente.

Revuelven cambalaches heráldicos cuando sus mejores blasones y su más alta alcurnia consisten en ser hijos de sus propias obras, según la sentencia cervantina, código de verdadera aristocracia, y adulan y gustan de ser adulados por lo que sus abuelos combatieron y derrotaron. Hay, sin duda, muchas Américas; pero la de esos delincuentes de lesa Historia no es la nuestra, como nuestra España, la España perfecta de justicia y libertad con que soñamos, tampoco es la suya. Y tampoco es nuestro su hispanoamericanismo, a base de mutuas lisonjas de lo que, allí, reputamos como desviación de una espléndida realidad histórica, y aquí, como antagonismo recalcitrante a la idea de una nación libre y bella moral e intelectualmente.

Por fortuna, no todos los americanos son así ni probablemente la mayoría. De vez en cuando arriban a nuestras riberas figuras egregias como Gabriela Mistral y Mario Sáenz, para no mencionar sino a las más recientes. En ellas reconocemos nuestra América, la América emancipada o en vías de emancipación, la América que en el pasado rompió con Europa por algo que vale más que el sentimiento de nacionalidad, entonces todavía embrionario y subalterno: por ideales de libertad colectiva e individual, y también la América que en el futuro aspira a engrandecerse no tanto por su riqueza y sus cañones como por sus instituciones de Derecho y cultura, posponiendo el poderío cimentado en las cosas al destino supremo de la personalidad humana. Sólo el lenguaje de esa América entienden muchos españoles que anhelan una comunidad hispanoamericana asentada, no en vagos sentimientos y en frases vacías de contenido histórico, sino en ideales comunes de libertad social y política y de colaboración en una cultura homogénea, sin menoscabo de sus múltiples y ricas variedades.

Acaba de llegar a España otro americano de esa estirpe del espíritu, el mejicano José Vasconcelos, estadista, escritor y maestro universitario, pero fundamentalmente un hombre, es decir: una persona que antepone a todo interés o convencionalismo el culto de la dignidad humana. No es hombre de protocolo, de mera externalidad ritualista, no ya ahora que no desempeña ninguna función de gobierno, aunque su palabra hablada y escrita sea en toda la América hispánica una de las que más autoridad gozan, sino también cuando era ministro de Instrucción Pública en su país y colocaba la razón de la libertad y la democracia por encima de esa hipócrita razón del silencio y la tolerancia que suele regir las relaciones entre Estados, aun entre los políticamente más dispares y antagónicos, como lo acreditan sus públicas invectivas contra varios gobiernos despóticos de América.

Como la Mistral, como Sáenz, como tantos otros que son los guardianes de la tradición liberal de América frente a los restos de una Europa que se está yendo y frente al caudillismo indígena, de que todavía no se han libertado del todo algunos pueblos americanos, Vasconcelos propugna una política de libertades institucionales, que salvaguarden al hombre, y de cultura integral, como medio de perfeccionarlo por la enseñanza. El tema radical de su acción pública no es tanto el engrandecimiento cuantitativo de la nacionalidad como el mejoramiento cualitativo del individuo, sin perjuicio de mantener una mirada alerta, un corazón apasionado y un brazo dispuesto frente a la actitud de presa de las águilas del Norte, y, en general, de una gran parte de ese turbio y nada escrupuloso capitalismo extranjero que ha hecho de los pozos de petróleo mejicanos pista sangrienta de sus codicias y constante amenaza para la integridad e independencia de un país infortunado a causa de sus grandes riquezas naturales.

Más que sus libros, son sus discursos, algunos de los cuales han estremecido de pasión ideal a toda América; sus manifiestos a los estudiantes hispanoamericanos, siempre ávidos de su cálida palabra; sus artículos en *La Antorcha*, hasta hace poco su revista, desde donde difundía por todo el continente la luz de su inteligencia apasionada; sus conferencias, sus actitudes de civilidad, su obra como reformador de la enseñanza, lo que mejor define a este gran carácter mejicano. No es sólo un hombre oficial ni lo que se entiende por un hombre de mundo, que viene a Europa, como tantos otros, a cortesanejar en algunas capitales y a bulevardear en París, sino un hombre de calle y de escuela, de acción y de pensamiento, de vida y de cultura, de emociones y de ideas, de luchas y de libros: un hombre en quien se integran los más nobles y eficaces valores humanos; un hombre ejemplar, un hombre que no habla del azul de su sangre, sino de sus esperanzas espirituales; un hombre, en fin, con quien es posible entenderse.

LUIS ARAQUISTAIN

(*El Sol*, Madrid).

El sueño hispánico

Don Jose Vasconcelos, el educador mejicano, tuvo ayer tarde la amabilidad de abrirnos el alma en la Económica Matritense, mostrándonos sus sueños. Los sueños son, a mi juicio, lo más importante de cada hombre, porque ellos son, desde el infinito, los que deciden de nuestros gustos y disgustos, con lo que dicho queda que orientan nuestra existencia cotidiana. Si un lector me dice que su sueño preferente es la visión beatífica y contemplar sin cerrar los ojos la figura del Todopoderoso, ya sé que no se parece nada a quien sueña con el poder divino para extender su influencia hasta las últimas constelaciones.

El Sr. Vasconcelos ha soñado con que sea la América hispánica la sede de la futura quinta raza, en que se fundan en una sola la blanca, la negra, la roja y la amarilla. Antes de que eso ocurra se librará una de las batallas decisivas de la historia, en que se discutirá el dominio del valle del Amazonas, y el Sr. Vasconcelos espera que en esa batalla venzan los hispanoamericanos y los que con ellos simpatizan, porque representarán el sentido universal de la humanidad entera, frente a los que combatan en ella por el predominio de una sola raza dolococéfala, de ojos azules y pelo rubio.

Es curioso que también yo he soñado a mi modo el mismo sueño del Sr. Vasconcelos. El día en que se invente el modo de enfriar económicamente las viviendas, la humanidad se irá a vivir a los valles del Amazonas, el Paraná y el Orinoco. Será una existencia extraña, que nos hará ponernos los abrigos al entrar en las casas, mientras nos despojaremos de la ropa para ir al automóvil o al aeroplano. También he soñado con una quinta raza, pero no creo que necesite tener el color de aceituna que resultaría, probablemente, de la mezcla de las actuales. Antes de muchos años habrán aprendido los doctores a extraer de la piel cualquier pigmento, y a dejar a un negro cimarrón tan rubio como un noruego, si así lo prefiriese. Y también he soñado con esa batalla, en que se disputarán los pueblos la posesión del Amazonas, sólo que me parece que he tomado para ganarla una precaución que ha descuidado el Sr. Vasconcelos.

El Sr. Vasconcelos divide la humanidad, al modo de Comte, en tres estados, de los cuales el más atrasado es, a su juicio, el físico o guerrero; el intermedio, el intelectual o político, y el último y más perfecto, el espiritual o estético. El señor Vasconcelos perderá la batalla del Amazonas, como no mude

las clasificaciones. Y la razón es obvia. En su utopía no se dedicarán a militares más que los hombres de tercera clase, los de segunda se harán políticos o intelectuales, y los de primera se reservarán para la espiritualidad y el esteticismo. Pero en Inglaterra, por ejemplo, el héroe más grande de la historia es Nelson. Y si mientras los ingleses adoran a Nelson, nosotros reverenciamos a Santa Teresa, el día de la batalla del Amazonas estamos perdidos, porque mientras los ingleses tendrán sus talentos de primer orden en la escuadra, nosotros los tendremos en las carmelitas.

Para tener buenos generales hay que honrar la Milicia, como para tener buenos banqueros hay que honrar la Banca. Y si no tenemos buenos banqueros y buenos industriales, nos faltará la resistencia económica indispensable para ganar la batalla del Amazonas, que es probable sea larga, pues así como la de Francia, de la última guerra, duró desde agosto de 1914 hasta el 11 de noviembre de 1918, la del Amazonas durará talvez veinticinco años, y no la ganará solamente el más valiente, y el mejor militar, sino el más rico, y el técnico más perfecto, y el de mejores nervios, y el que tenga más hijos, y aquel cuyos soldados estén unidos por el mayor número de cantos que sepan en común, porque no he de negar que el espíritu y el arte tienen también su importancia, y no por afirmar lo guerrero y lo intelectual voy a negar lo estético y lo religioso, sino que colocaré todos los valores supremos en la región de los iguales, y daré la palma al que los reuna y armonice todos.

Ya sé que el señor Vasconcelos da a la palabra estético un significado especial, como lo prueba el hecho de que lo asocie a la palabra espiritual. Pero las palabras tienen significados independientes de nuestra voluntad, y siempre creí que el peruano Riva Agero tenía razón, si no en las palabras, que no suscribo, ni tampoco en su concepto peyorativo del mestizaje, al menos en la idea central, cuando contestaba al *Ariel*, de Rodó:

«¡Proponer la Grecia antigua como modelo para una raza contaminada por el híbrido mestizaje con indios y negros; hablarle de recreo y de juego libre de la fantasía a una raza que se muere de pereza! ¡Linda ocasión para atender a la «espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia», a todo lo que es adorno, distracción, halago, cuando todavía no sabemos si escapará nuestra gente con autonomía y libertad de la estruendosa catarata que ya se precipita por el Norte!»

Pero hacer estas observaciones al señor Vasconcelos que, como mejicano, no ha hecho sino meditar este problema, es como llevar carbón a Mieres o naranjas a Valencia. El señor Vasconcelos dijo ayer cosas profundas y nobles sobre la solidaridad de los pueblos hispánicos. Se burló de los que veían como un signo de grandeza el desfile de veinte banderas distintas ante la Conferencia Panamericana de Washington, porque aquel signo de fraccionamiento era señal de que los pueblos de habla inglesa nos habían impuesto su voluntad, que es la de que estemos fraccionados. Las palabras con que condenó la inconsciencia de Napoleón al ceder la Luisiana a los Estados Unidos fueron tan justas como las que anatematizaron el orgullo que ponen muchos hispanoamericanos en mantener nacioncitas y soberanías de principado, cuando sólo por la unión—y a la unión se añadirá el ideal—sería posible salvar la independencia de los pueblos de nuestra habla.

Es el señor Vasconcelos uno de los primeros americanos a quienes hemos oído condenar francamente el ideal separatista, al mismo tiempo que reconocía, como también la mayoría de los españoles lo hacemos de buen grado, que era bochornoso tolerar el régimen de Fernando VII. No hay mérito alguno en disolver una sociedad, como no lo hay tampoco en

divorciarse. Lo difícil es encontrar métodos de coexistencia en la armonía y la justicia y convivir felizmente hasta la consumación de los siglos.

Por sobreponerse a las vanaglorias separatistas, por concebir un ideal hispánico para el solar americano, por dar a ese ideal un contenido humano, en que quepan todas las razas de la tierra, reciba el señor Vasconcelos mi apretón de manos y la expresión de mi profunda simpatía. Si he hecho reparos a su clasificación histórica es sólo porque la creo peligrosa para la realización del sueño mismo, que es lo esencial, en tanto que las clasificaciones no son sino andamiaje.

RAMIRO DE MAEZTU

(*El Sol*, Madrid).

Vasconcelos y el destino de América

LA torre de los Lujanes, restaurada, con su aspecto de edificio de Exposición, es prácticamente una casa de pisos de sociedades cultas. En el piso bajo se hospeda la Asociación Económica Matritense de Amigos del País. En el principal, la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

El saloncito de actos de la Sociedad Económica tiene cierto aspecto de estrado isabelino de buena casa; damascos, retratos, cuadritos de tamaños diversos. Es un salón recogido, discreto en sus proporciones; un local anterior a la época de los grandes públicos, bueno para el conferenciante que guste de hablar ante una concurrencia poco numerosa, que permite mantener en la plática cierto tono íntimo de conversación, y que puede fácilmente dar la ilusión de un público selecto, porque el número es enemigo de la calidad, aunque tiene otras virtudes.

En este marco de época quiso dar D. José Vasconcelos su conferencia, bajo el retrato del Rey Carlos III, una de las pocas efigies dinásticas cuya presidencia puede ser agradable. El buen Rey Borbón tiene una casa de época..., Voltaire, Federico el Grande, todo el mundo. La peluca y el rostro rasurado dan cierto aire de familia a los semblantes del siglo XVIII.

Vasconcelos ha sido acogido en nuestros círculos intelectuales con un interés cordial y con la curiosidad perpetua con que nuestra parte de Diógenes busca siempre al hombre. Acaso no conocemos al pormenor su obra; pero sabemos que es un educador, que ha trabajado por la educación del indio y que ha defendido bríosamente en América la idea de la libertad, que es la ejecutoria de aquellos pueblos, aunque a veces se olviden de esta hada madrina en sus crisis de formación y de desarrollo. Sabemos también que es un espíritu continental, un Romain Rolland de América, emancipado de la estrechez de los nacionalismos, hombre de dilatada visión histórica de *weltbürger*, de ciudadano del mundo. Todo esto hace de él una figura en que hay algo del aura del precursor y del apóstol.

* *

Hablaba Vasconcelos en aquel ámbito apacible, isabelino, de la Sociedad Económica de la misión de la raza iberoamericana. ¡Misión! Esta palabra tenía para alguno de sus oyentes un sortilegio rejuvenecedor. Se veía el oyente en un pequeño Ateneo estudiantil, en un Ateneo de la juventud, leyendo una Memoria acerca de *La misión del siglo XIX*. Este recuerdo no se me aparecía con la puerilidad de una lejana inocencia ideológica, situada en una época en que la filosofía de la Historia no se había desacreditado bastante. Al providencialismo de Bossuet sucedió una especie de providencialismo

cósmico impersonal en que el genio de la Historia, encarnado sucesivamente en diversos pueblos y épocas, conduce hacia más amplios y luminosos destinos la evolución de la Humanidad. Esta noción en que se complacía el espíritu ascendente y progresivo del siglo XIX no puede ser archivada como un documento de época, como no podemos archivar cual una alquimia histórica a la filosofía de la Historia, aunque la reduzcamos al círculo más limitado y prudente de las interpretaciones y las hipótesis históricas.

En el retorno de las ideas, que no es una rotación monótona, porque vuelven enriquecidas con nuevos elementos y vestidas con otra documentación científica, también la filosofía de la Historia y el genio de la Humanidad han vuelto en Spengler con otra sinfonía. En este autor, tan siglo XX, hay mucha herencia de Quinet y hasta de Pelletan, de *El mundo marcha*, aunque con otra marcha diferente, lo cual no es raro, porque en el origen estaba Hegel.

* *

La misión que Vasconcelos asigna a la raza iberoamericana es un vasto empeño universal, una obra de unidad y de fusión de pueblos para crear una casta futura de hombres que ante todo sean humanos y tengan por patria última el mundo. Visión noble y generosa de poeta, en que entran muchos elementos intelectuales y emotivos; quizá cierto reflejo de mística teosófica, acaso también aquella conciliación orgánica de las pasiones y los sentimientos en que Fourier fundaba su sociedad ideal. Pero asimismo tiene en cierta medida, en la medida en que vuelve lo pasado en las nuevas estaciones de la Humanidad, sólidos precedentes históricos como la difusión del helenismo y el mundo romano. Alguna vez he insinuado que el tipo de la unión en la *gens* o familia hispánica no era un tipo imperial, sino el helenismo: una unidad de cultura y de espíritu.

Esta idea de misión no debe ser desechada como un arcaísmo ideológico. Traduzcámosla, depurándola de lo que Vernon Lee llama, restaurando valientemente una palabra, *obscurantism*, y que comenta con tan sutil penetración Eugenio d'Ors en su nuevo libro *El molino de viento*, archivo de las meditaciones de un pensador. Misión puede ser un destino consciente, un ideal que abrazamos. Colocando en un plano natural esta vocación, esta llamada de lo inconsciente, que empuja a los individuos y a los pueblos bajo el magisterio de sus individuos superiores, a un cierto cometido, a un esfuerzo, a una clase de actividad, podemos pensar que aunque el destino pertenezca al secreto de lo por venir, sentirse llamado a un destino, a una misión, puede ser una revelación y es una muestra de capacidad para la empresa o al menos para el intento.

En los pueblos hispanos de América hay algunos hechos positivos que facilitan una misión supernacional: un mismo idioma, una tradición y cultura comunes, un pasado breve desde la independencia, por virtud del cual las diferencias nacionales no se han acentuado como en Europa; una fusión étnica de muchas gentes. Mas el sentimiento del nuevo humanismo americano o en forma más reducida del hispanismo americano, despojando a este nombre de toda intención nacionalista, todavía es muy vago y necesita del apostolado y la propaganda de espíritus superiores e independientes como Vasconcelos y García Monge, el Director del REPERTORIO AMERICANO, que escuchan las voces lejanas de lo porvenir y, animados por ellas, trabajan para la ciudad futura.

ANDRENO

(*La Voz*, Madrid).

Dos notas de la Juventud Universitaria

UNA nota publicada días pasados en la prensa anunciadora de un homenaje al Licenciado Vasconcelos invitaba a la Juventud Universitaria a concurrir, recordando el deber que los jóvenes tenían de adherirse al acto.

A pesar que tanto esta nota como las que le han seguido aparecieron anónimas, nuestra perspicacia ha adivinado a los organizadores, y como no estamos dispuestos a prestar nuestra fuerza a ningún acto de cuya sinceridad no estemos convencidos, respondemos a aquella nota que por nuestra iniciativa, y con la adhesión de todos los que sin ostentar rótulos de hispanoamericanismo mantienen con Vasconcelos la relación que con el doctor Mario Sáenz se creó, ofrendaremos públicamente al ilustre mejicano el afecto y la estima que ya íntimamente le hemos dicho.

Por la Juventud Universitaria.—RAFAEL GIMÉNEZ LLES, presidente de la Asociación oficial de estudiantes de Farmacia.—FAUSTO VICENTE Y GELLA, presidente de la Asociación oficial de Estudiantes de Derecho.

(La Libertad, Madrid).

Según anunciábamos en nuestra nota publicada en la prensa del día 19 del actual, las Asociaciones oficiales de estudiantes ofrecerán un homenaje de admiración y simpatía al ilustre ex-rector de la Universidad de Méjico, licenciado José Vasconcelos.

Este acto se celebrará el próximo lunes, día 29, en el restaurante de la Bombilla Casa de Juan.

Los estudiantes invitan a todos los intelectuales, y en general al pueblo entero de Madrid, a que concurren personalmente a esta demostración de sentimientos hispanoamericanos, y esperan de todos los centros culturales de España la adhesión al acto.

Las invitaciones para el *lunch*, al precio de 3,75 pesetas, estarán de venta desde el jueves, en la Universidad Central, Ateneo, Casa del Pueblo, librerías de Fernando Fe y Calpe, Café Regina y Casa Juan.

(El Sol, Madrid).

Las orquídeas

Para don JUSTO A. FACIO.

¿Quién tejió la hermosura de estas flores,
sobre estos viejos troncos carcomidos,
para animar, con mágicos rubores,
una vejez sin frutos y sin nidos?

¿Quién pintó con esmero estos colores,
encanto sin igual de los sentidos,
y el ambiente inundó con los primores
de pétalos que aroman aún caídos?

Y ¿quién tomó el esmalte de las rosas,
y el nácar de las perlas de los mares,
para hacer estas flores primorosas,

hoy gala de los bosques y cercados,
orgullo de los místicos altares,
y pompa de los troncos olvidados...?

J. J. SALAS PÉREZ

Costa Rica. San Ramón.

(Envío del Autor)

Los parias

(El Tiempo, Bogotá).

TODAS las tardes, al volver de la ciudad, encuentro en mi camino los bueyes de los chircales que regresan de la faena diaria con paso medurado y filosófico.

Vienen algunos con la piel encrespada por el barro de los pozos, y los que han tirado un carro, tienen en los ijares la huella sangrienta del casquillejo y el testuz ceñido por las duras correas del yugo.

Yo me paro a observar esas fisonomías tranquilas, y pienso en que los hombres jamás se han preocupado por estos animales, que han sido los factores más eficaces de la vida de los pueblos.

A excepción del Egipto, que los adoró como símbolo de Osiris, los demás pueblos le han prodigado algunas consideraciones, pero no le han dado todo lo que merece.

En Caldas, el Departamento modelo de Colombia, se le ha levantado un monumento, pero no se le ha dulcificado la vida. Por dondequiera se ven allí partidas de bueyes macilentos. Como nuevos San Lorenzos, que llevan sobre los lomos desollados por la faena cargas enormes.

No hay para ellos días feriados, ni potreros buenos, ni agua pura. Cuando el caporal acampa, no tiene en cuenta sino su comodidad, y los pobres bueyes prenden por las lomas inaccesibles ramoneando a duras penas lo que por cansancio les dejaran sus compañeros de sufrimiento.

Ni amor, ni sociedad, ni afectos de padres, les han sido concedidos a estos mártires de nuestra ambición y de nuestras necesidades, y cuando ya son incapaces para el esfuerzo, se les lleva a las plazas públicas, se les baraja con los haraganes y mutilados que no pudieron servir para el trabajo y se les vende para el engorde, sin recordar sus merecimientos y sin hacerles una sola manifestación de agradecimiento.

Entonces, se les lleva a buen potrero, se les da sal a destajo, y cuando ellos creen que alumbra para sus ojos un día de justicia, y sus miembros se tornan en formas racimales y lustrosas, se les conduce a la carnicería, donde el ensueño de su vida se trunca bruscamente con una puñalada.

He ahí el proceso doloroso de una existencia, quizás la más interesante de todas; porque sin el auxilio del buey, el hombre estaría, aún en su edad primitiva y no podría ostentar sus dominios para poderse llamar rey de la creación.

Todos los sistemas de transportes se han revolucionado, pero el buey sigue y seguirá eternamente siendo el factor inicial del movimiento y de todo progreso humano, porque las máquinas modernas no pueden ir con el hombre a la montaña, ni prender por los desfiladeros, ni bajar por las rastras, ni llevar las herramientas y las semillas por parajes donde no se han emprendido aún trabajos iniciados por él.

Pero el hombre no reconoce los sacrificios del buey, y éste, por su parte, no se preocupa sino de rendir su jornada, y de principiarla de nuevo al rayar de cada día, sabiendo que, mientras viva, no ha de cesar la fatiga, ni han de fallar sobre sus carnes los rasgones implacables del casquillejo.

Y sin embargo, quien así lo mortifica y venga en él sus infortunios y fracasos, es un sér tan dolorido como él. El obrero, a quien veo también regresar del trabajo, es para mí tan desdichado como el buey; porque al menos éste puede confiar en que si no sucumbe en sus faenas, al final de sus días se le dará pasto en abundancia, sal a destajo y relativa tranquilidad, mientras engorda para llevarlo al matadero.

El peón, en cambio, sabe de seguro que los hilos de plata que le trae la vejez, traen para él la disminución del salario,

la dureza en el trato y el problema de la ancianidad desamparada.

Trabaja en una hacienda o en una empresa, y sale de allí a buscar en las calles un pan más amargo que todos.

Andando los días, irá al hospital, y más tarde caerá en cualquier parte, sin tener el derecho de pedir ni la esperanza de ser recompensado, porque nuestras leyes sobre asuntos sociales, sólo reconocen recompensas a quienes mueren en servicio activo debidamente comprobado. De nada sirve para un hombre, trabajar treinta y más años en una empresa, porque no hay para él ninguna ley que lo ampare.

Cuando a mí se me habla de las grandes riquezas de ciertos pueblos, pienso en el acto en estos dos seres, y sé de sobra que esas riquezas no son sino el fruto del esfuerzo, tasado inhumanamente, por quienes tienen como base de ella el escaso salario y el mayor esfuerzo llevado a cabo por los parias.

Y sin embargo, es a ellos a quienes el mundo les debe todo su bienestar y su progreso, y cuantas veces se les ha necesitado, siempre han estado listos a someterse a su destino y a cumplir su misión sin protesta.

Pero el buey, aun cuando sufre durante su existencia, tiene al menos, al fin de su calvario, unos días de placidez que lo reconcilian con la vida, mientras convalece y queda en condiciones de ser llevado al matadero; en tanto que el hombre, que vive del jornal y llega a la vejez, no cuenta para los días de senectud, ni con un techo que lo ampare ni con una mano que lo aliente, y tiene que resignarse al hambre y a la desnudez, sin tener siquiera el remoto consuelo de comer y vivir tranquilamente, aun cuando luego le dieran una puñalada.

Por eso, en la existencia, no podemos decir que somos los vencidos, y que estamos sujetos a un sino fatal, porque tengamos sobre nosotros la mano implacable de la necesidad, porque frente a nosotros hay más seres doloridos, que como el buey y el jornalero, han soportado durante la existencia todas las fatigas, le han dado la felicidad a los demás a costa de su esfuerzo y aún laboran y seguirán laborando, sin tener en cuenta que al uno le espera el filo de un cuchillo por toda recompensa, y al otro el desamparo y la vejez bajo el ala de todas las miserias.

Y ellos no pueden tener siquiera la esperanza de aplicarse la célebre frase de Epicarmo:

«Los dioses nos venden al precio de las fatigas todo lo bueno».

JOAQUÍN QUIJANO MANTILLA

Chircales de La Avenida San
tiago de Chile, junio de 1925.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

México

LA Unión Latino Americana considera que las recientes declaraciones de Mr. Kellogg, Secretario de Estado norteamericano, demuestran de un modo evidente, la falta de respeto por la soberanía de nuestros pueblos que caracteriza a los mandatarios de la Casa Blanca, sean cuales fueren los principios «panamericanos» que pretenden sustentar acerca de la igualdad jurídica de las naciones.

El ultraje inferido a un pueblo hermano, no puede ser indiferente al pueblo argentino ni pasar inadvertido por la opinión ilustrada del país. Si admitiésemos sin protestar que una potencia extranjera dicte al gobierno de una nación latinoamericana la forma de resolver sus problemas internos, así como la tendencia política que debe prevalecer en su gestión pública, amenazándolo con provocar una revolución si no acepta la orden recibida, no podríamos quejarnos de que mañana, en un trance igualmente duro para la dignidad nacional argentina, ningún pueblo hermano nos manifestara su solidaridad. Tampoco es posible que olvidemos el noble precedente de fraternidad latinoamericana que implicó, hace veintitrés años, la valiente actitud de Drago, y que tan justas simpatías suscitara a la Argentina en todo el continente.

El actual caso de México, además, merece por especiales motivos atraer la atención pública. El gobierno de aquella noble nación hermana es el más genuinamente representativo de los intereses y aspiraciones populares, el más intensamente inspirado por anhelos de justicia social, de todos cuantos ejercen su mandato en América. Constituye para todas nuestras naciones un ejemplo admirable, ya que se inspira en los ideales nuevos que hoy pugnan, en medio de la desorientación y el caos capitalista, por conquistar la conciencia de los pueblos e implantar a través del mundo un nuevo régimen de justicia y libertad.

La Unión Latino Americana, cuya norma fundamental es la solidaridad política de nuestros pueblos, acompaña con su simpatía ferviente al General Calles, pues este mandatario, al defender enérgicamente la soberanía ultrajada de su patria, defiende al mismo tiempo la independencia de la América Latina, amenazada en la actualidad por el insolente imperalismo de Wall Street.

(Renovación, Buenos Aires)

Dulzura crepuscular

Dulzura crepuscular
de piano y de golondrinas
despierta sobre las frondas
una estrella tardecina.

Escucha el pino a la fuente
su balada de cristal
y canta devotamente
la campana maternal.

El aire nos huele a rosas
y en la quietud hogareña
en su ilusión penumbrosa
la tarde nos dice: ¡Sueña!...

CARLOS LUIS SÁENZ

Costa Rica, Junio, 1925.

(Envío del Autor)

Unión Latino-Americana

Sección Argentina

LA «Unión Latino Americana» ha sido establecida para mantener y realizar estos propósitos fundamentales:

Coordinar la acción de los escritores, intelectuales y maestros de la América Latina, como medio de alcanzar una progresiva compenetración política, económica y moral, en armonía con los ideales nuevos de la humanidad.

Desenvolver en los pueblos latino-americanos una nueva conciencia de los destinos nacionales y continentales, auspiciando toda renovación ideológica que conduzca al ejercicio efectivo de la soberanía popular y combatiendo toda dictadura que obste a las reformas inspiradas por anhelos de justicia social.

Orientar las naciones de la América Latina hacia una Confederación que garantice su independencia y libertad contra el imperialismo de los Estados capitalistas extranjeros, uniformando los principios fundamentales del Derecho, público y privado, y promoviendo la creación sucesiva de entidades jurídicas, económicas e intelectuales de carácter continental.

La «Unión Latino-Americana» declara, expresamente, que no tiene vinculación alguna, oficial ni oficiosa, con los gobiernos latino-americanos. Desea, de ese modo, conservar entera libertad de opinión sobre la política de las Potencias extranjeras que constituyan un peligro para la libertad de los pueblos de la América Latina.

La «Unión Latino-Americana» afirma su adhesión a las normas que a continuación se expresan:

Solidaridad política de los pueblos latino-americanos y acción conjunta en todas las cuestiones de interés mundial.

Repudiación del Panamericanismo oficial y supresión de la diplomacia secreta.

Solución arbitral de cualquier litigio que surja entre naciones de la América Latina, por jurisdicciones exclusivamente latino-americanas, y reducción de los armamentos nacionales al mínimo compatible con el mantenimiento del orden interno.

Oposición a toda política financiera que comprometa la soberanía nacional, y en particular a la contratación de empréstitos que consientan o justifiquen la intervención coercitiva de Estados capitalistas extranjeros.

Reafirmación de los postulados democráticos en consonancia con las conclusiones más recientes de la ciencia política.

Nacionalización de las fuerzas de riqueza y abolición del privilegio económico.

Lucha contra toda influencia de la Iglesia en la vida pública y educacional.

Extensión de la educación gratuita, laica y obligatoria, y reforma universitaria integral.

Sr. Secretario Geneneral Interino
de la Unión Latino-Americana

Dr. Carlos Sánchez Viamonte
Av. 53 núm. 538

La Plata. Rep. Argentina.

Sírvase inscribirme como adherente a la «Unión Latino-Americana», en conformidad con las declaraciones que anteceden.

Roberto Rubí

(El hermanito menor que se nos ahogó).

Bretón de ojos azules, el mar—la gran Traidora—
quiere saciar contigo, su hambre devoradora.

Era todo el mar una boca de tiburón
y nuestras almas como la nave sin timón.

¡Padre, se están ahogando dos de los suyos!, voz
que sonó cual si fuera, la voz del mismo Dios.

Se hizo en mi corazón, por completo el vacío,
y disparé mi flecha! ¡No puede ser Dios mío!

¡Devuélvenos al niño!, por los ruegos de aquella,
que es del mar, luminosa, consoladora estrella.

Su padre, ayer no más, me lo había confiado,
diciéndome: Compadre ¡aquí tiene a su ahijado!

¡Que no se le despegue! ¡Devuélvelo, Señor!
Que lo traigan las olas vivo, con el rumor

de la sangre que canta los dísticos lejanos
del mar y los sonetos de los aeroplanos.

De la sangre que suena, como suena el motor
de los barcos del aire. ¡Devuélvelo, Señor!

Su madre ¡pobrecita! debe de estar rezando,
la madre siempre reza por su niño, temblando,

por una voz que viene de lo desconocido:
Siente espadas filosas y un corazón herido

y una cruz y una tumba y una fosca mirada
y una super-monstruosa boca desmesurada...;

Y un ojo que nos mira diciéndonos adios
y un gesto donde tiembla la voluntad de Dios.

Después, le vimos todos! Llevaba, en el semblante,
el sello con que sella la Muerte Malandante.

Y entonces, nadie tuvo, ni una palabra sola,
viendo aquella graciosa, deshojada corola.

¡Señor, que se haga siempre, tu voluntad divina!
¡Que te alabe la rosa! ¡que te alabe la espina!

El día que es un niño, como éste, quinceañero
y la noche, cartujo sin palabras, severo,

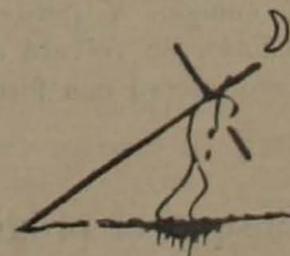
los dos que se arrodillen y que junten las manos.

Bretón de ojos azules, el mar—la gran Traidora—
quiere saciar contigo, su hambre devoradora.

A. H. PALLAIS, Pbro.

León de Nicaragua.

(Envío del Autor)



QUISIERA ser como la lluvia—decía Octavio de Romeu—. Quisiera ser bueno, aburrido, nutritivo, fecundo, deseado, molesto, generoso, incansable..., como la lluvia.

Quisiera ser siempre escuchado «como quien oye llover». Pero penetrar, empapar, calar hasta lo más profundo y darme así a la fertilidad de cualquier rincón donde hubiese caído una semilla.

Quisiera poder decir: «Dios siembra.. Yo lluevo».

En esto se cifra la oración de todo maestro: «¡Señor: déjame llover donde tú has sembrado!»

* *

Otto Weininger, el genial y roto—probablemente el único alemán después de Nietzsche que ha representado a su familia—, decía que el pecado de las estrellas es la vanidad... Por vanas se individualizan. En castigo las vemos—nunca mejor que en las noches serenas de la canícula—desprenderse del cielo y caer.

Si el pecado de las estrellas es la vanidad, veamos en la humildad la virtud característica de la lluvia. La caída no es ya aquí castigo, sino vocación. La gota de agua de la lluvia ansía desindividualizarse, sumarse, penetrar. Ser humedad en la tierra, vena en el arroyo.

No sin razón en el lenguaje de la frivolidad y del reclamo se llama «estrellas» al tenor y a la tiple, a la bailarina y al galán de la pantalla. A quienes hacen lo que a las gotas de agua de la lluvia no debe dárseles título; de ellos se habla mucho menos.

Orador: estrella. Maestro: gota de lluvia.

* *

Pero ved. La gota de la lluvia de hoy es mañana el grano de trigo. La humildad ha sido recompensada. Quien cayó, sube. Quien se aniquilaba, se individualiza de nuevo y se contornea. Quien se daba, se recobra. Quien consintió en morir, renacerá.

Gota, humedad, tallo, grano. De la forma a la forma, pasando por lo informe. De ser una a ser uno, pasando por no ser nadie.

Cae, húndete, penetra, maestro. Tú sobrevivirás.

¿Dónde van las estrellas que caen? ¿Dónde van los oradores que pasan? Tú, maestro, gota de lluvia, irás al tallo y al grano. Irás a la resurrección.

* *

Y a su vez el trigo será harina. Y la gota de agua, que ha renacido en grano, sufrirá una segunda muerte.

Pero luego la harina se volverá pan. Siempre forma. Quizá Sagrada Forma.

Y luego el pan será comido. Y perderá forma otra vez. Será asimilado, *aprovechado*. Se volverá carne y sangre.

Y por fin de la sangre nacerá una forma nueva, nacerá el

Palique

DE
EUGENIO D'ORS



José Anselmo Clavé

pensamiento... ¿Qué es un pensamiento a los ojos de Dios? Una gota de agua que ha seguido su curso.

* *

Humilde maestro de una aldea lejana: ¿Quién reconocería en la gloria de este pensamiento genial que ha iluminado el mundo la humilde gotita de lluvia que fuiste tú?

Caé. Húndete. Niégate. Muere. No temas.

* *

Ahora llueve. ¡Agua de Mayo, regalo sonoro! Toda la España agrícola estaba esperando esta lluvia.

Toda la España espiritual está esperando la otra.

* *

Y es un dolor. Parece que cada día hay más estrellas y menos gotas de lluvia.

Díganlo, si no, nuestros conferenciantes—ahora que están en la temporada del cielo.

Hace veinte años empezaron a darse en España por elementos intelectuales de valía cursos modestos en Universidades populares e instituciones por el estilo. Los que en ello

se ejercitaban juzgaron esta generosa tarea docente estricto deber social.

Para tales lecciones no había anuncios ni gacetillas.

Todavía el año pasado se dieron algunas conferencias así. Se dieron, por ejemplo, en la ESCUELA NUEVA.

Creo que hoy han desaparecido.

No llueve. La tierra está sedienta. No puede consolarla en las noches el espectáculo de tantas y tantas estrellas—fugaces.

* *

El pueblo debiera salir con rogativas. ¡Dame agua. Inteligencia española; dame agua, que me voy a secar!

* *

¿No representará algo como un acto de rogativas así el haber sacado ahora tan impensadamente la imagen de José Anselmo Clavé, el músico catalán, verdadero patrón de educadores populares?

¡Este sí que llovía! ¡Este sí que fertilizó la tierra!

No; no fué «una estrella en el firmamento del arte» José Anselmo Clavé. Que los que en algún rasgo oratorio, en la coyuntura de las fiestas que se anuncian encontráranse tentados a usar de esta imagen aprendan lo de Otto Weininger—aunque sea a través de un humilde *Palique*—, lo recuerden y se abstengan.

De un *Palique*, hermano de otros tantos *Paliques* cuya ambición, situados aquí, en una página de un semanario popular de gran difusión, consistirá también en provocar de cuando en cuando algún chubasquito...

(Nuevo Mundo, Madrid).

Busque el próximo REPERTORIO; trae muy interesantes artículos de actualidad.

GENERACIÓN desventurada la nuestra.

Apenas si abría el pecho a la esperanza, la fantasía a la ilusión y los ojos al panorama, para otros risueño, de la vida, cuando encontró que el suelo trepitaba bajo sus plantas, y una tempestad de fuego azotaba sus sienas, y el vaho satánico de la muerte aleteaba sobre sus hombros, y acababa, en torno suyo, por desplomarse todo, todo lo existente.

Avanzó la infeliz, topeteando como un ciego, por entre los deshechos y el polvo de las ruinas, hasta caer sobre las osamentas de la ruta, y sentir, enrojecida, lagrimeante, el pie del invasor sorpresivo y aleve, encaramado sobre la orgullosa cerviz.

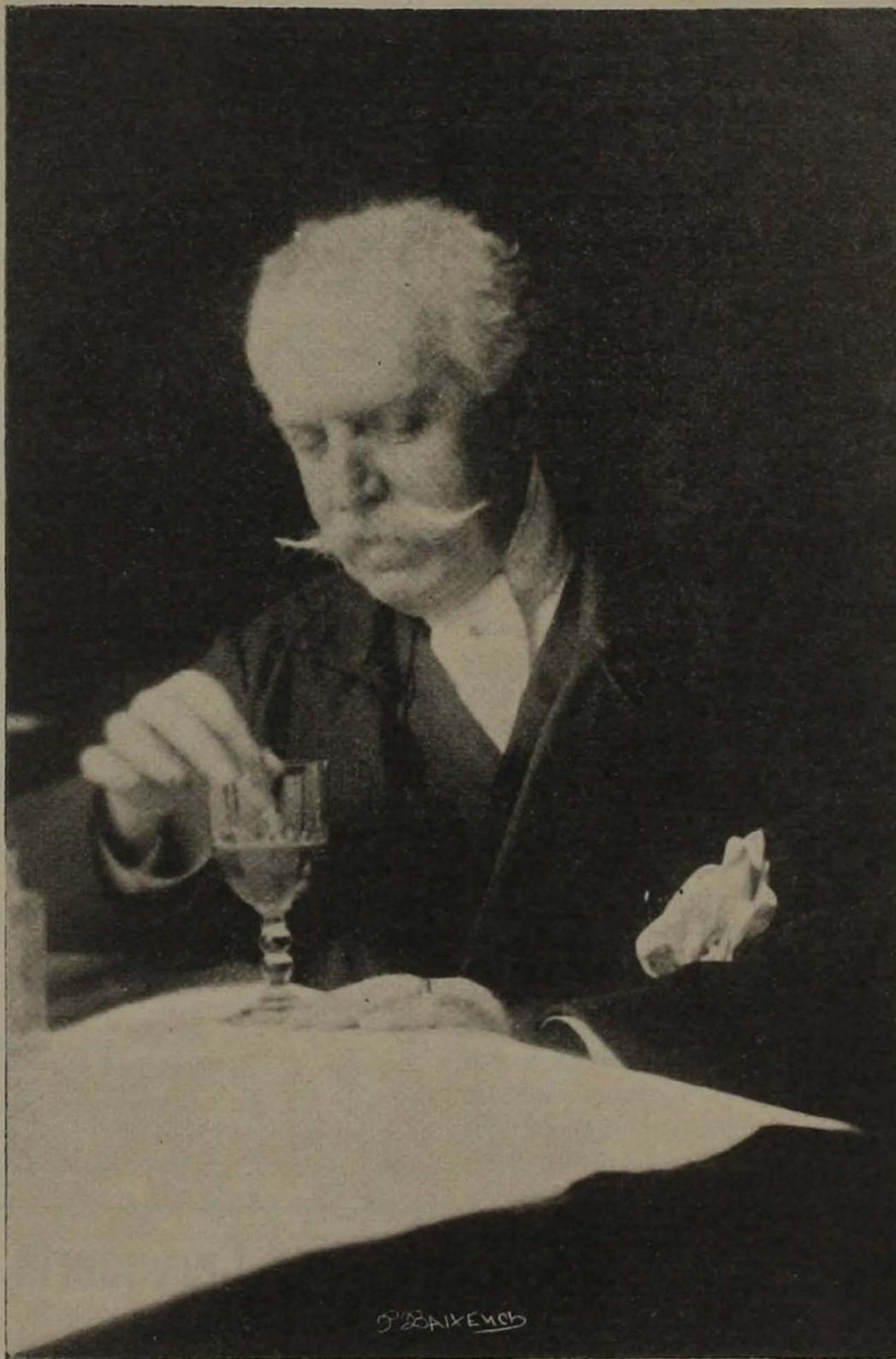
¿Quién, más que esa juventud, en mala hora surgida a la existencia, saboreó con más desencanto, con más desesperación, la vergüenza y la humillación del vecimiento?

Víctima de inveterados errores, holocausto inocente, y hasta ignorante, de ajenos desvíos, comprendióse condenada, desde el amanecer de sus días primaverales, a bregar y a sufrir, y aceptó trágico papel de expiación, de miseria, de reconstrucción y resurgimiento, que así discerníale una fatalidad tan injusta como cruel e ininteligible, y penetró cabizbaja en su senda de abrojos, y perdióse, trémula y vacilante, por entre la negra fumarola del general incendio, en que, ante su mirada, ávida e interrogadora, ofrecíase envuelto el incierto porvenir.

Sin brújula, sin experiencia, sin rumbo visible, sin norte definido y seguro; sin un astro amigo y luminoso que orientase su laboriosa jornada, sentóse al cabo, fatigada y meditabunda, abandonada y sola, como el Romano sobre los despojos de la Cartago derruida, en pleno desfallecimiento de ánimo, en esa gélida orfandad de quienes, sin familia y sin patria, abrumados por la lucha tenaz, tan larga como inútil, evocan la muerte para término de su desdicha...

Exangüe el organismo social, aplanado y como muerto el espíritu público por la magnitud y la extensión del repentino derrumbe, descalificados todos los grandes corifeos, por tierra todas las celebridades, humo vano todos los prestigios, ¿a dónde ni a quien volver los ojos en pos de consuelo, de vigor, de simpatía?...

Manuel González Prada



El gran escritor en la intimidad: alista la goma de pegar los recortes de sus artículos.

De súbito, en el silencio y la tenebrosidad del fatídico horizonte, resonó una voz potente, ora cariciosa como un halago materno, ora sacudiente como una descarga eléctrica, ora rugiente como fiera herida, ora tonante como rayo vengador; voz demoledora del caduco edificio resquebrajado, condenatoria de los yerros y vicios pretéritos, pregonadora de una nueva vida; eco sacro de reforma y de castigo, que, llamando esa desorientada juventud a la confianza, a la venganza y a la acción, infundió en su ser, prematuramente agotado, el fresco tónico del ideal y el calor de una fe que ella misma juzgó para siempre ahogada y extinguida.

Y alzóse esa generación desventurada, y recobró el mayor de los bienes—la esperanza—y, Lázaro gentil tocado de resurrección, voló resig-nada, si no gozosa, a llenar, en torno del vate, del apóstol, del vidente, su fatal misión de reposición infatigable, de reconstrucción pertinaz, de rencor reconfortante, y preparación paciente de las futuras sanciones y desquites...

¿Quién el vate, el apóstol, el vidente?

González Prada.

Es en un modesto, pero fulgurante albergue, alto y extremo de la calle de Villegas (1), fraternalmente ofrendado por su dueño, el rútilo y verboso Carlos Rey de Castro, donde se celebran los cenáculos de aquel apostolado cuasi infantil, treintena selecta de almas nuevas, que acude a escuchar y beber de los labios del maestro el evangelio de la regeneración social; la oración dominica de la abnegación y del deber, y el santo credo de la retaliación y del patriotismo.

Allí, la ardiente tríade de los Amézaga—Jorge, Carlos y Emilio—vertiendo los dos primeros el chispeante venero de su palabra y de su pluma, y—el último—el torrente de sus inspiradas armonías; allí el displicente, aunque benévolo Patrón, erudito gigantesco, mnemónico prodigio—azote instantáneo, rígido, implacable de los extremos alardes en que reboza a quella turba de «imberbes palabreros y vacíos»; allí Alberto Quim-

(1) Angulo a esquina Villegas-Pilitricas.

per, contradicción viviente—fúcar y bohemio—y misterio andante, por ser «uno en tres y tres en uno»—músico, literato y jurisconsulto; allí Alberto Secada, el polemista impertérrito, la péñola rasante, el verbo cálido y pleno de brío; allí Luis Ulloa, matemático y poeta, espíritu múltiple, bipotencia creadora para la ciencia y para el arte; allí Elías Alzamora, bequeriano ardiente; allí Dionisio M. Ramírez, el despreocupado, el filósofo, poco menos que raído pero alma repleta de ciencia y de luz, como sus viejos polvorosos libros; allí Carlos A. Romero, el erudito, el bibliófilo experto, el investigador fecundo; allí Mendiguren y Moncloa, Cástor y Pólux del primer Olimpo; allí Ernesto Rivas, el glorificador tendencioso de *Nuestros Héroe*s; y Víctor G. Mantilla, cantor desconsolado de *La Cautiva*; y Nicolás Augusto González, en quien el foco genial palpita ahogado en el oleaje de una indomable facundia y de una improvisación febril; y Miguel Urbina, el declamador inimitable, a quien el Maestro, nervioso y tímido en medio de su pujanza, confía siempre la pública lectura de sus épicos estallidos; y Gamarra, representante de la generación literaria antecedente, reclamando para ésta la estimación y el homenaje que supo conquistar para sí mismo, y Luis Enrique Márquez, el «Precursor», y Carreño Dehesa, vástago de héroes; y el regocijado Blume, experto, como ninguno, en el «ridendo corrigere»; y Martínez Izquierdo, y Barriga Alvarez, y Aernán Velarde, y Neptalí García, y Ugarte, y Revoredo, y Ríos, y Meza, y tantos otros, que hoy duermen poco menos que olvidados en temprana tumba...

Y en medio de todos, el MAESTRO.

Fuerte y sano, sereno y majestuoso como una cumbre; albo y róseo, como la helada diadema del Huascarán, tinta en los tonos del crepúsculo; amplia frente, despejada como el Océano, y, como el Océano, plegada y tempestuosa a veces; ojos azulados y bondadosos, pero penetrantes como una daga en la exploración honda y secreta de las almas, o flamígeros como el rayo, si encendidos por la santa indignación que le causa el vicio, la abyección, la cobardía, el fanatismo y demás humanas miserias; voz profunda y varonil, aunque velada por la benevolencia o por la humildad, que hácela resonar como viniente de luengas lejanías; nariz firme, mandíbula angulosa, signos de indomable voluntad; suave sonrisa, sofrenada por recóndito desencanto; boca grave, labios enérgicos, que, como los de Cristo, jamás dilatáranse en descompuesta risa, ni menos desfiguráranse con la carcajada de los necios; modesto y hasta tímido; corto en las palabras; cauto en las respuestas; locuaz en ocasiones; pero, por lo general, silencioso y concentrado: tal el Maestro del selecto núcleo, su eje, su centro, su destrón y su lumbre!

En el estupor y anonadamiento del desastre, su verbo fué toque de llamada a nuevas bregas y energías. Su frase, en bloques ponderosos y rotundos, como ésos que sobre el mitológico muro amontonáranse al son y compás de la orfeana lira, echó los cimientos de la patria del porvenir, ésa que, en tiempos no remotos, han de modelar los pósteros, como él la quiso y la pensó en sus ensueños de iluminado, en sus anhelos de peruano, en sus visiones de patricio.

Erudito, pensador excelso, lidiador atlético; prosador pujante, lapidario, especie de Fidas de la cláusula; hercúleo demoledor y, a la vez, reactor y orientador supremo; gran suscitador de enmiendas y esperanzas; creador de impulsos y de estímulos; encendedor de ideales; revolucionario audaz y trascendente; nervio vivo, tenso, descarnado; pluma concisa, nítida, centellante: algo así como alfange vibrador que rasga y hiere, y simultáneamente nutre y cauteriza: hombre-ejemplo, hombre-símbolo, en que bullen y relampaguean cien virtudes: sinceridad diogénica, hasta crnel; austeridad que frisa

con la rigidez; desinterés olímpico; abnegación reguliana; perseverancia benedictina; justicia y bondad; modestia, humildad y mansedumbre; vida ejemplar, que, si mórbida y ondulante, como una espira, en pos de la belleza y la plasticidad, es recta, acerada, recalcitrante, en pos de la verdad y el bien...

Quizá si en muchos años aún, no se palpe la perfumada floración del sano germen desparramado en el surco por el sembrador. El, con todo, rebotará algún día, como el hilo de la fuente ríscosa, colgado de la alta sierra, que allá abajo es catarata hialina y sonora, música de la pradera y dispensadora de fuerza y vida.

Juzguen otros más capaces al Maestro y detallen su obra. Abrumados por la nueva de su caída, nosotros no tenemos tiempo ni serenidad para dedicarle la magna ofrenda que le es debida, y apenas si alcanzamos a rendirle este recuerdo; siempre viva sin presunciones, lanzada en la soledad, la lobre-guez y el rudo desencanto de la nueva tumba que se ha abierto.

Quienes le oímos y le amamos, sentimos la frigidez del horrendo vacío.

Cayó como había vivido: yendo al sacrificio por el deber; en pie, como Vespasiano; sin un quejido, como Leena; erguido, como esas puntas que el rayo busca y calcina de preferencia.

Discutido por algunos; odiado de nadie; y apreciado, respetado por todos, su figura, como el sol agonizante, se magnífica y reenciende en brazos de la extinción final, dolorosa y eterna; y, así, hundido en las profundidades de extraños horizontes ignorados, rompe, con todo, en llamaradas y chispeos de gloria, como ese otro que, al eliminarse entre el religioso silencio y la melancolía de las primeras sombras, concita en el firmamento el sublime incendio de la tarde.

GERMÁN LEGUÍA MARTÍNEZ

Lima, julio de 1918.

NOTICIA.—Nació GONZÁLEZ PRADA el 6 de enero de 1848. Murió el 22 de julio de 1918.

La fotografía que hoy damos de él, se tomó en 1915 y es muy valiosa, porque GONZÁLEZ PRADA no dejaba que que lo retrataran.

(Envío de don J. G. L.)

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESENTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS	Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.	SIROPES
REFRESCOS	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale,	

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Nuestros inmigrantes

=Del tomo *Horas de lucha*, Lima, 1908. ¡Estimamos tanto el ejemplar que poseemos de esta obra, hoy agotada! En él resplandecen estas líneas autógrafas: «Al señor J. García Monge, agradeciéndole el obsequio de la *Colección Ariel*.—MANUEL G. PRADA.—Lima, febrero 17 de 1915»=.

GRACIAS a la protección de gobiernos y a la indolencia o complicidad de gobernados, sigue creciendo la invasión negra. Casi ningún vapor arriba del Sur o del Norte sin aportar al Callao una remesa de clérigos, frailes y monjas. Con las persecuciones religiosas en el país más lejano del nuestro, recrudece la invasión: cuando los demás sacuden el plumero, a nosotros nos llueven las moscas. *Padres y hermanas* acuden al Perú, como zánganos a su colmena, salvo que afluyan como vendimiadores a su viña.

Los inmigrantes que vienen a ejercer una profesión o un oficio, luchan con grandes obstáculos y muchas veces no logran arraigar; los que sólo importan la tonsura y un poco de latín, no dejan de hallar nido espacioso donde cobijarse ni terreno fértil donde cosechar. Efectivamente: el pedagogo extranjero cuenta por adversarios a los pedagogos nacionales; el médico, a los médicos; el comerciante, a los comerciantes; el artesano, a los artesanos; mas el clérigo y el fraile, caigan de donde cayeren, no despiertan rivalidades ni provocan resistencias: en la corona llevan pasaporte y recomendación, ejecutoria de honradez y diploma de omnisciencia.

¿Qué parece Lima? un Mar Muerto en que iglesias y monasterios asoman como islotes sin agua ni vegetación. Donde se proyecta una calle, surge ya un plantel de Jesuitas; donde se traza una avenida, blanquea ya un edificio de Salesianos. Conventos nacionales que por falta de personal debieron clausurarse legalmente, se repletan de frailes extranjeros, resurgen de sus ruinas y, como si obedecieran a una voz de mando, se transforman en colegios. Así, la población que talvez encierra más de cien edificios destinados al culto y a la enseñanza religiosa, no posee una sola escuela municipal, digna de un pueblo civilizado. El Consejo Departamental edifica hoy el Liceo de Guadalupe; mas va desplegando tanta magnificencia en la erección de la capilla que sin duda considera el Liceo como un accesorio y la capilla como lo esencial.

A partir de 1895, vivimos bajo la férula de gobiernos abiertamente clericales. Desde el Presidente de la República hasta el Director de Beneficencia y desde el miembro del Cuerpo Legislativo hasta el vocal de la Suprema, todos los funcionarios públicos hacen el papel de monaguillos. No satisfechos con besar la esposa de un obispo y seguir las procesiones en las *fiestas de tabla*, los hombres públicos se esmeran en ceder propiedades y otorgar auxilios pecuniarios a las congregaciones docentes. Basta que una asociación dependa de monjas o sacerdotes para merecer subvenciones de las Cámaras, de los ministerios y de las municipalidades. La protección, el favoritismo para todo lo referente a la religión y las comunidades, raya en lo inverosímil. Cuando faltan decenas de soles para ayudar en algo a las compañías de bomberos, sobran centenas de libras esterlinas para obsequiar regimiento a una congregación. A *religiosas* se concede hospitales, manicomio, Instituto Sevilla, Taller de Santa Rosa, Cárcel de Santo Tomás, y se las deja fundar con el nombre de *Buen Pastor* una especie de Bastilla matrimonial donde algunos desalmados consiguen *inhumar* vivas a sus mujeres, después de haberlas ofendido y explotado. Si con el fomento de las congregaciones docentes se va poniendo la instrucción pública en manos de sacerdotes y monjas, con el estableci-

miento de las Prefecturas Apostólicas se abandona el Oriente del Perú a la exclusiva dominación de frailes españoles.

Y ¿qué hacer? Masones y liberales contribuyen a fundar obispados, decretan subvenciones a las comunidades religiosas, desempeñan sindicaturas de monasterios, apadrinan inauguraciones de altares y, lo peor de todo, educan a sus hijos en los Sagrados Corazones, San José de Cluny, la Recoleta, Santo Domingo, San Agustín o los Jesuitas. Basándose en un liberalismo hipócrita, alegando una tolerancia casuística, muchos incrédulos y racionalistas proclaman que en el seno de la familia debe seguirse esta máxima: *Al tratarse de religión, dejar hacer*. De ahí que las mujeres *hagan*, ordenando que sus hijos se instruyan en escuelas de padres o de madres y prohibiendo que a sus casas ingresen periódicos de tinte medio liberal. Hay algo más: con anuencia de los maridos, y a veces contra la voluntad del esposo mismo, las matronas se hallan militarmente organizadas en hermandades, congregaciones o cofradías, bajo la dirección (visible o invisible) de algún eclesiástico. Amazonas del fanatismo, si no cogen una lanza ni montan un caballo, las mujeres rebuscan dinero, ejercen influencias, calumnian al hereje y viven listas para cargar los tizones de la hoguera.

Asistimos, pues, a una recrudescencia de fanatismo, agravada por la incuria, debilidad o cobardía de padres y maridos. Más que a hijas y esposas, debemos inculpar y escarnecer a todos esos padres sin energías en el alma y a todos esos maridos sin virilidades en el cerebro: ellas pecan por ignorancia y de buena fe, ellos por maldad y bellaquería. Nada tan cómodo para el mal hombre como una mujer hipnotizada por el sacerdote, adormecida en el misticismo y rebajada a la condición de ente rezador, sin rebeldías, sin voliciones propias y hasta sin femineidad. Hay quienes empujan a sus esposas hacia el abismo religioso, como si arrojaran una flor al torrente o echaran un mueble a la hoguera. Y, cosa bien triste, sobran desgraciadas que se resignan al destino del mueble o de la flor. En algunos matrimonios rige un convenio tácito: la mujer, a iglesias y sociedades piadosas; el hombre, al garito, al lupanar o al retrete de su concubina.

Y, mientras el pueblo arroja la fe y tiende a emanciparse del sacerdote, las clases dominadoras regresan a la superstición y reclaman el yugo sacerdotal. A Lima debe mirársela como el gran foco de las prostituciones políticas y de las mojjangas religiosas, como el inmenso pantano que inficiona el ambiente de la República. Si las clases dominadoras decayeron desde la guerra con Chile, el decaimiento no presenta señales de cesar. Casi toda la fuerza superior del organismo se desperdicia en maquinaciones de política sin vuelo, casi toda la sangre de las venas se malgasta en guerras de pretorianos y escaramuzas de bandidos. Mientras los indios de punas y serranías siguen dormitando en su barbarie colonial, los habitantes de la costa se pulen a medias, asimilándose lo malo de la civilización. Muchos de esos grandes hombres que pontifican en universidades y congresos o señorean en tribunales y ministerios, no llevan plumas en la cabeza porque las guardan en el cerebro. Desgraciadamente, no se vislumbra hoy ni la posibilidad de que a una generación nacida y crecida en el oprobio de la derrota sucedan generaciones levantadas, viriles, capaces de iniciar una reacción: lo que viene da muestras de valer tanto como lo que se va. Y ¿qué hombres obtendremos de niños educados por frailes y clérigos? ¿Qué beneficios lograremos en la cultura intensiva de una religión envejecida y moribunda?

La invasión negra amenaza engrosar de modo formidable. Ya somos el refugio de los frailes lanzados del Ecuador y Filipinas; y si la expulsión de las congregaciones se realiza en Francia, las naciones sudamericanas servirán de inevitable

reservorio a los expulsados. El contingente francés vale la pena de inspirar serios temores. La cuna de Voltaire y Víctor Hugo, *el cerebro y corazón del mundo*, es también la *hija mayor de la Iglesia* y la calamidad religiosa del globo terráqueo. Puede asegurarse que sin el brazo, la inteligencia y el metálico del pueblo francés, el Catolicismo habría muerto de consunción. Francia abastece a las cinco partes del mundo, no sólo de todas esas congregaciones—masculinas y femeninas—que drenan el oro al mismo tiempo que inoculan la superstición, sino de semanas Religiosas, Cruces, historias de Bernadette, aguas de Lourdes, medallas, detentes, cromos, rosarios, Cristos de yeso, Virgenes de terracota y demás *bondioserías* grotescas. Pero, como a la vez sostiene y vulgariza las ideas humanitarias y redentoras, merecía igualarse con el morticola que en el brazo derecho nos inoculara el virus de la hidrofobia, mientras en el izquierdo nos inyectara el suero antirrábico.

Gambetta, el grande hombre de lentejuelas y papier marché, decía: *El anticlericalismo no debe convertirse en artículo de exportación*. Lo que buenamente significa: para nosotros los franceses el librepensamiento, y para vosotros los bárbaros el Catolicismo; para nosotros el educador laico, y para los vecinos el padre jesuita o el hermano cristiano; para nosotros la Ciencia, y para los demás el catecismo. Fundándose en doctrina tan original, los republicanos y ateos de París envían a las colonias francesas tantos monaguillos como funcionarios; se enorgullecen de que en el Santo Sepulcro algunos frailes cosmopolitas gorjeen un *¡Que Dieu sauve la République française!* se lamentan porque, *desde hace unos diez años, en el Cairo celebran la misa consular de Austria con el fin de oponerse a la misa consular de Francia;* y deben de extrañar que la colonia francesa de Lima no festeje ya el 14 de Julio con un solemne Tedéum en la iglesia de Guadalupe. Ateos y republicanos de semejante calibre suscitarían reclamaciones diplomáticas, si algún estado sudamericano expulsara las congregaciones francesas o tratara de expropiar sus bienes.

¿Cumple a la Francia de hoy proclamar que *el anticlericalismo no debe convertirse en artículo de exportación?* Civilizarse es adquirir un alma francesa; pero no el alma de un Gambetta ni de un Casimir Périer, de un Drumont ni de un Déroulède, sino de un Anatole France o de un Guyau, de un Berthelot o de un Claude Bernard.

II

Según Rochefort, *en los clérigos hay tres cosas negras—la sotana, las uñas y la conciencia*. No garantizamos que, por fuera y por dentro, posean blancura de cisne los frailes hacinados hoy en los conventos de la República.

Los españoles, difícilmente encerrarían mucho saber y mucha educación, siendo los detritus sociales recogidos en Filipinas, Cataluña y las Provincias Vascongadas. Pensando en cómo se abastece un convento, se mide cuanto vale una comunidad. Cuando escasea la *sustancia prima* para elaborar *descalzos*, sale de Lima una *comisión* de padres con el fin de tirar la red en Manila, Barcelona, Bilbao, etcétera. Verdaderos pescadores de aguas turbias, los *comisionados* cogen en las redadas a cuantos desperdicios humanos vagamundean y roncan en los muelles o merodean y *rastrojean* en los campos. La pesca ofrece abundancia milagrosa en la época de las quintas: ansiosos corren a morder el anzuelo divino cuantos mozos desean evadir el servicio militar. Acopiada la *materia prima*, comienza la *elaboración*. Los padres toman a los mozos, les atusan, les embalan en el hábito, les consignan a la América del Sur y les enjaulan en un trasatlántico. En Lima y Ocopa les someten al noviciado. Con enseñarles un

ego te absolvo y un *dominus vobiscum*, les tienen *elaborados* o listos para decir misa, predicar, dirigir conciencias, gobernar en las familias y servir de mentores a los presidentes de la República (1).

Dado el valor de la materia prima, no debe sorprendernos la calidad del artefacto. Los sacerdotes ingleses, alemanes y franceses, por muy burdos e ignorantes que sean, guardan un resto de elevación, no dejan de mostrarse hombres; los padres españoles, por muy cultos y civilizados que deseen manifestarse, descubren un sedimento sospechoso, no dejan de parecer frailes. Un santo padre afirmó que en los seres más humildes había un átomo de inteligencia, como para significar: *Por aquí pasó Dios;* en todo fraile español subsiste un rezago de ferocidad y grosería, como para revelar: por aquí pasaron Torquemada y Sancho.

Veamos a los sacerdotes operando en nuestra sociedad. El francés se muestra insinuante, meloso y cortesano, de modo que rara vez nos causa una impresión desagradable, aunque viene adornado de maravilloso poder extractivo. Beneficia oro en minas donde todos hallaron piedras, recoge trigo en campos donde los demás cosecharon abrojos. Barbero celestial, descañona bolsillos sin dejarles pelo de moneda, vampiro de un orden seráfico, chupa sangre sin turbar el sueño del paciente. Despabila el dinero, dulcemente, calladamente, insensiblemente, compitiendo con las *niñas busconas* de Quevedo en el arte de *sacar bolsas sin dolor*. Nadie explota como él la vanagloria y vanidad, ingénitas en el alma de los beatos: con su Lourdes y su Sacré-Cœur hace dadivoso al Gran Tacaño, pródigo al Caballero de la Tenaza. Considerando al 'pobre como una fruta que no arroja bastante jugo por más que se se la exprima, gusta de operar en las gentes elevadas y ricas, sin predicar una virtud severa ni reñida con lo mundano. Hasta juzga con benevolencia los tropiezos y caídas de pecadoras con traje de seda. Según la moral jesuítica, pecar en una otomana de brocatel ofende menos a Dios que violar el sexto en una estera o colchón de paja. En resumen: el clérigo francés impone un yugo suave, observa una moralidad relativa y apunta más a la bolsa que a las almas.

El italiano diverge del francés en elegir por terreno de evoluciones las clases trabajadoras. No funda liceos ni sueña con establecer universidades libres; pero tiende a monopolizar la dirección de los planteles en que se instruye al pueblo, señaladamente las escuelas de artes y oficios. De una laudable tolerancia (quizá mayor que la del francés) no se asusta con pecadillo más o pecadillo menos, ni se fija mucho en la renta del pecador. Como vive en relación íntima con los niños, ahorra el viaje a Citeres. Sin embargo hay honrosas excepciones. Cometeríamos una falta imperdonable, si no admiráramos aquí el vigor y la galantería de algunos clérigos italianos que visan alto, sostienen el buen nombre de la corporación y saben imponer aquellas suavísimas cargas que sólo resultan pesadas a los nueve meses. Lima conserva gratisimos recuerdos (quizá memorias vivientes) de monseñores que entonaban dúos al piano, manejaban con blandura de silfide la mota de *veloutine* y primaban en el arte de ajustar y aflojar los lazos de un corsé.

Los sacerdotes alemanes, ingleses, belgas, etcétera, no abundan mucho ni se caracterizan por ninguna peculiaridad. Algunos—y de modo especial los anglosajones—vienen, coleccionan limosnas para la construcción de una iglesia en Boston o en Tombuctú y luego toman el vapor, sin que se hable más de la iglesia, de los fondos ni de los colectorès: son rayos globulares que penetran en una habitación, voltejean, funden

(1) *Nota del Editor*.—El clero es firme sostén del odioso despotismo que hoy aflige al Perú.

o gasifican la pieza de metal que hallan a su paso y en seguida se van por donde vinieron.

El fraile español domina ruda y brutalmente, denunciando a cada momento lo bajo de su extracción y lo nulo de su cultura. Habla como si excitara bueyes o instruyera reclutas, acciona como si nadara o partiera un leño; no come: engulle y se atiborra; no se sienta: se repantiga o se tiende; al predicar, fulmina excomuniones y arroja tizonazos, al mendigar, arrebatada, arranca el dinero y las especies, llevando la sordidez de su codicia hasta el punto de maldecir al moribundo que no lega sus bienes a un *testa* de la comunidad. Testifica la supervivencia de la España medioeval, y constituye el amalgama de gitano, inquisidor y torero. Al divisarle, aguardamos que transforme el cerquillo en coleta, el hábito en bandola, el crucifijo en espada: delante de un altar, debe parecer un *matador* al frente de un berrendo. Lo repetimos: el clérigo extranjero, por irregular que se manifieste, gira en la órbita humana, pero el fraile clásico, el fraile de olla y misión, el fraile importado de Filipinas, Cataluña y las Provincias Vascongadas, es algo que no pertenece a nuestro período geológico, algo que no entra en ninguna clasificación zoológica, algo viscoso y pungente que infunde repugnancia y mueve a náuseas: basta decir que ese fraile viene tal vez del mundo morbo y anómalo donde florecen el placer solitario y el amor unisexual.

A los frailes descalzos no se les puede estudiar en Lima, donde salvan las apariencias y se cubren de un barniz humano: se les conoce a fondo en las montañas, y poblaciones de la sierra, donde evolucionan con desenvoltura y dan libre campo a sus instintos. Enfardelados en una jerga terrosa y mugrienta, cubiertos por enormes sombreros de paja, con grandes crucifijos (no en el pecho sino en la boca del estómago) blandiendo descomunales garrotes o terciándose al hombro un Winchester o un Mauser, marchan con aire amenazante y conquistador (1). Hablan, y sólo pronuncian interjecciones groseras o incitaciones al odio y exterminio de liberales; ejecutan, y sus acciones implican ultrajes a las personas o ataques a los bienes. Arrebatan cosechas, se apropian animales domésticos, maltratan hombres, secuestran niños, seducen mujeres. Sobran indicios para inferir que los frailes mismos de Ocopa incendiaron su iglesia, con el doble propósito de granjearse pingües subvenciones y satisfacer una venganza, achacando el delito a los librepensadores de Huancayo. Mas, aunque los religiosos no hubieran causado voluntariamente el incendio, difícilmente quedarían justificados y limpios de toda mancha. Al menos enemigo de la religión se le ocurre decir ¡qué tropelías y abominaciones no habrán cometido los *padres*, cuándo en pueblos sufridos y timoratos surgen hombres capaces de llegar al extremo de quemar una iglesia!

Más los sociólogos nacionales olvidan que el florecimiento de las comunidades religiosas coincide con el retroceso de las naciones, que el Romanismo es una religión de vencidos y de esclavos, que si el Cristianismo civilizó ayer a los bárbaros, el Catolicismo barbariza hoy a los civilizados. Anatematizan la inmigración asiática y enmudecen ante la invasión clerical, sin comprender que el chino trabajador, honrado y pacífico, ejerce una función social más elevada que el fraile holgazán, mendicante y sedicioso. Los chinos, enfermos y ancianos, que *pardiosean* hoy en las calles de Lima, gastaron ayer su juventud y su fuerza en arar el campo, tender el riego y cultivar la sementera. Ellos nos mueven a lástima, porque representan la víctima del hacendado, el hombre convertido en animal de labranza, la carne de trapiche. Los frailes, sanos y rollizos, que actualmente ocupan el primer lugar en la mesa

de las familias, supieron conducirse con tanta prudencia que desde los primeros años de su vida cosecharon sin sembrar, descansaron sin fatigarse y pecaron sin pagar. Ellos no merecen amor ni respeto porque simbolizan la explotación en nombre de la misericordia, la mentira bajo capa de verdad, la ignorancia con presunciones de omnisciencia.

Al presenciar la ingerencia de una gran señora en la política alemana, Bismarck prorrumpió con toda la insolencia de un palurdo atiborrado por una ingestión de cerveza y sauerkraut ¡Fuera faldas! Con menos grosería pero con más razón, los hombres de estado y los padres de familia deben repetir hoy, al divisar la formidable y arrolladora invasión que se precipita sobre nosotros ¡Fuera sotanas!

1903

MANUEL GONZÁLEZ PRADA

Obras de González Prada cuya lectura recomendamos: *Minúsculas* (poesías). Lima, 1909. *Páginas libres*, París, 1894. *Horas de lucha*, Lima, 1908.

Por de más está declarar que conviene, en Costa Rica, la lectura de este contundente y oportuno ensayo.

Salutación

A la Juventud de América

En esta hora magna de las exaltaciones
te saluda mi Verso, y te incita
a la realización de ilustres
empresas libertarias.

Nuevas ondas de vida estremecen el Cosmos.
Sacude la modorra que entumece tus nervios.
Alza tu frente pálida, que ha llegado el momento
de tu gesto magnífico. Esta hora es la tuya:
hora empurpurecida de sueños agresivos,
de intuiciones fecundas, de audacias y presagios;
hora en que se ilumina de gritos decisivos
la amplitud de los cielos, y se derrocan todas
las viejas construcciones que erigió la Injusticia;
hora santa, hora trágica en que serán vencidos
los negros estandartes del Dolor y la Muerte,
y en que el Apocalipsis de los nuevos profetas
llenará de un estruendo solemne de epopeya
el corazón del Mundo,
y sobre los escombros de tantas negaciones
se afirmará una nueva Humanidad.

¡Despierta, Juventud!

Es la hora propicia de decir a los hombres
la palabra armoniosa de las nuevas ideas.
Largas voces proféticas se exaltan en el viento,
presagiando la gloria de amplios amaneceres
de Paz y de Belleza.
Pasa sobre las siembras un hálito fecundo.
El espíritu intuye verdades más profundas.
Una como onda mágica de inquietud agobiante
tortura el pensamiento.
Es la Hora Suprema. Es la gran Hora Trágica
de las Liberaciones.

Abre tu corazón al dolor de este siglo.
Y ante la desventura, y la sombra, y los negros
designios de la Suerte, ¡exalta tu optimismo
y enciende las fogatas de las nuevas auroras!

VICENTE GEIGEL-POLANCO

Santurce, Puerto Rico.

(Envío del Autor)

(1) *Advertencia del Editor*—Hay en el texto una extensa nota documentada que por falta de espacio, no se reproduce.

Mensaje de Romain Rolland a la juventud ibero-americana

Villeneuve (Vaud) Villa Olga,
Mayo 16 de 1925.

Sr. D. Alfredo L. Palacios.

Mi querido Decano:

He leído su bello mensaje a la Juventud Universitaria de Ibero América, así como la carta a nuestra común amiga Gabriela Mistral.

Comparto en un todo los pensamientos que Ud. expresa Católico de nacimiento, conozco ciertamente cuánta consoladora belleza es posible disfrutar dentro de la fe cristiana. Pero creo que hay un error, y hasta un peligro, en querer orientar nuevamente hacia ella la humanidad actual. Comprendo demasiado bien que ciertas almas generosas, decepcionadas por la tristeza de la vida, por sus fealdades, por sus vergüenzas, sientan la ardiente necesidad de refugiarse, destrozadas, a los pies del Crucifijo. Mas ellas no tienen el derecho de ofrecer esa derrota—por noble que sea—como objetivo a las esperanzas y a los ardientes esfuerzos de la juventud del mundo y de los pueblos, esos eternos niños...

En cuanto a mí, la vida me ha colmado de dolor y de ultrajes, estoy enteramente cubierto de heridas; he sido vencido diez veces. Pero aun suponiendo que cayese, ensangrentado, y que no pudiera levantarme, nunca diría a los demás: «¡Deteneos!» Diría a los jóvenes, hombres y mujeres, a los pueblos, a todos los seres que amo: «¡Marchad. Avanzad siempre! ¡Pasad sobre mi cuerpo! ¡Mirad hacia adelante! ¡Delante de vosotros está la luz!» No hay que quitar jamás al hombre la esperanza en el mañana ni impedirle el fecundo esfuerzo por convertirla en realidad. Y no es en el momento en que por doquiera en el mundo brilla el espíritu humano como un astro rutilante, que hay que apartar de su intrépida trayectoria a las miradas jóvenes, induciéndolas a volverse hacia la pura y pálida estrella de Bethlehem! El pasado tuvo su belleza, pero el porvenir está pletórico de esplendor y de infinitas fuerzas. Nuestro Dios es el porvenir.

Admiro su ferviente mensaje a la juventud ibero-americana. Creo en la misión de vuestros pueblos. La presiento y la invoco. ¡Federaos! ¡Uníos! ¡A la obra, sin tardanza! No hay que perder un solo día. ¡Jóvenes de Ibero-América, os envidio: tenéis para sacrificaros por ella, la causa más bella y más heroica!

Querido Palacios: Permítame estrecharle afectuosamente la mano, y créame, le ruego, su affmo. amigo.

ROMAIN ROLLAND

Ruégole trasmita a nuestra amiga Gabriela Mistral, a quien quiero y admiro, mi respetuoso recuerdo. La luminosa huella de su paso por «Villa Olga» no se borrará jamás.

(Estudiantina, La Plata,
Rep. Argentina).

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Últimos estilos
Trabajos modernos

Calle del Tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.

Tablero

=1925=

El excelente mensual *Nosotros*, de Buenos Aires, en su edición de junio de 1925 publica un hermosísimo estudio de nuestro compatriota Brenes Mésén. Titúlase; *Los dioses vuelven: Juana de Ibarbourou*, Lo reproduciremos, claro está!

La Editorial MUNDO LATINO, de Madrid, acaba de publicar estas obras:

G. GASSET NEYRA: *A la deriva* (novela).—GUIDO DA VERONA: *La que no se debe amar* (novela).—JOSÉ A. BALSEIRO: *El vigía*. (Estudios literarios).

De nuestro amigo y colaborador Alberto Guillén, hemos recibido por el último correo:

ALBERTO GUILLÉN: *Corazón infante* (novela), en la serie LA NOVELA PERUANA, Lima.—*El libro de la Democracia criolla*, por ALBERTO GUILLÉN. Prólogo de Clemente Palma. Lima, 1924.—*Código bolchevique del matrimonio*. Lima, 1923.—JOSÉ SANTOS CHOCANO: *Idearium tropical. Apuntes sobre las dictaduras organizadas*. Lima, 1922.

Leídas estas obras, volveremos con ellas: más referencias y extractos.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre esta maciza obra que nos ha remitido don José M. Fernández, Casilla de Correo 1980, Buenos Aires:

PEDRO KROPOTKIN: *Ética*. Origen y evolución de la moral. Editorial ARGONAUTA. Buenos Aires. La traducción directa del ruso es de NICOLÁS TASÍN. Precio: \$ 1.00 oro am.

El poeta uruguayo Emilio Oribe nos remite este libro suyo:

La colina del pájaro rojo. (Poemas). Montevideo 1925. Puede solicitarse esta obra al PALACIO DEL LIBRO. Calle. 25 de mayo, 577. Montevideo, Uruguay.

De la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, hemos recibido esta obra interesante:

La anexión de Centro América a México. (Documentos y escritos de 1821). Tomo I. Prefacio y Compilación de Rafael Heliodoro Valle.

La empresa editorial LA LECTURA, de Madrid, ha tenido la fineza de obsequiarnos con la 2.^a serie de CUADERNOS LITERARIOS (N.^o 7 al 12):

ENRIQUE DíEZ-CANEDO: *Algunos versos*. — ANDRENIO: *Cartas a Amaranta*.—R. GÓMEZ DE LA SERNA: *Caprichos*.—J. GUTIÉRREZ SOLANA: *Unos pueblos de Castilla*.—GERARDO DIEGO: *Manual de espumas*.—AZORÍN: *Racine y Moliere*.

La calidad de los autores realza el obsequio, que tanto agradecemos.



Aviso

De *Savitri* se ha hecho por aparte, en las ediciones del *Convivio*, una tirada de algunos ejemplares. Los que deseen tener el bello episodio en la elegante edición, sírvanse manifestarlo, para tomarlos en cuenta. Precio del ejemplar: ₡ 1.00.

Pregón lírico

Vendedora ambulante que, al volver yo a mi tierra,
pones en mis oídos tu trémulo pregón:
tuyo es el milagroso «Sésamo» que abre y cierra
la puerta en las «mil y una noches» del corazón...

¿Que vendes? Aunque vendas prosaica mercancía,
tú eres la vendedora de ensueños para mí;
porque saborear me haces toda la poesía
con que, niño, pendiente de tu pregón viví...

Tu pregón melancólico hace surgir mi infancia
corriendo en las campiñas o nadando en el mar;
ellas diéronme en verso su miel y su fragancia;
y él me infundió en sus olas la virtud de cantar...

Es así cómo tiene tu acento quejumbroso
tan dulce y penetrante poder de evocación,
que el trajín en que hoy vivo se me vuelve reposo
y me siento arrullado por mi propia canción...

Debo yo confesarte que sólo canto para
disimular impulsos de llorar, porque sé
que en el fondo sepultas de tu voz fina y clara
un último sollozo por todo lo que fué...

Pregonando te alejas, vendedora ambulante,
con el lánguido ritmo de un esplín musical...
Tras de la mercancía que ofreces, un instante
se redondea el precio sugestivo:—¡A real!...

¿A real se me ofrece tanta ilusión perdida?...
¡Quién acuñar pudiera la pieza de metal
con qué comprar la gracia primera de la vida,
aunque lo hiciese a precio del último Ideal!...

Déjame que en la mano te ponga mi moneda,
para ver si realizase el milagro interior
y el metálico disco que entre el puño te queda
una estrella se vuelve, si no se hace una flor...

Vendedora ambulante, que por la calle sola
con tu pregón romántico alejándote vas:
recuerdo tras recuerdo fingeme ola tras ola;
y el corazón parece que me da un salto atrás...

Ya te vas... Me figuro que has doblado la esquina...
(Un salto atrás parece que me da el corazón...)
Vendedora ambulante de la voz cantarina:
¡lo más puro del alma se me va en tu pregón!...

JOSÉ SANTOS CHOCANO

(Envío del Autor)

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por JOSÉ INGENIEROS
Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales
que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina
Exterior: » 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475 - Buenos Aires

¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encar-
gados de la enseñanza pública.=

Arte infantil mejicano

NEGAR el esteticismo del arte infantil es como negar la
belleza de una flor silvestre, y negarlo por razón de su
ingenuidad deliciosa, es desconocer el valor de lo propio que
se esmeran en lograr los refinados: la ingenuidad, aquellos que
ya vienen de vuelta de lo truculento, desencantados.

Al ver las pinturas que se exhiben en Amigos del Arte,
algunas particularmente, y no pocas, se advierte una gracia,
una elegancia, una primorosa sencillez y frescura, a veces
hasta el fino chiste capaz de sonrojar, si hemos caído en la
debilidad de ponernos demasiado graves frente al pintoresco
abigarramiento de la vida; y si acaso puede separarse una
manifestación estética de su medio exteriorizador, diría que,
del propio punto de vista pictórico, hay armonías, finezas y
novedad muy recomendables, así como méritos de observación,
de composición, algunos extraordinarios. Es, pues, el fruto
más espontáneo y mejor de una mentalidad en formación.

Esa es mi opinión; pero, veo algo más aun en dichas pin-
turas. Veo que en Méjico se esmeran en procurar un lenguaje
a los niños que van a la escuela, uno más amplio quizá que
el abecedario, más dispuesto a fijar los estados psíquicos de
esa hora, lo mismo que en otras partes se quisiera lograr por
la copia de modelos clásicos incomprensibles para el niño, y
sin interés, los que despiertan más bien una disposición simia
en ellos, cuando no la más necia vanidad.

Debido a una iniciativa de Best Maugard y de Rodríguez
Lozano (uno de los artistas que también exponen muy intere-
santes pinturas en el mencionado salón) hay ya en Méjico
cientos de miles de niños que disfrutan del beneficio de aquel
lenguaje, tan grato como útil y saludable. Es muy difícil pre-
decir lo que habrá de producir en consecuencias ventajosas
dicho régimen, pero puede desde ya asegurarse que las ven-
tajosas son muchas y muy estimables. Los efectos de tal disci-
plina en pueblos en formación, que andan empeñados en bus-
car su cauce propio,—después de haber vivido a la zaga,
imitando, adoptando como propia la cultura de los demás,
cómodamente, tan cómoda como infructuosa y deslucidamente,
dichos efectos,—digo, no tardarán en verse y sorprender.

Por lo pronto, es así como puede hacerse una selección
juiciosa de vocaciones y aptitudes, lo que es ya mucho y,
además, se entrega a los educandos el medio de ampliar lo
más posible su mentalidad y su capacidad creadora, propia,
admirablemente dispuesta a las organizaciones y prosperida-
des que se esperan en toda América, que se esperan muchas
veces de brazos cruzados, como si se esperase la llegada de
un barco.

Así como la imitación produce los automatismos, este ré-
gimen produce la autonomía y, con el andar del tiempo, como
los resultados son progresivos, cada día más deberemos de-
plorar el no habernos puesto más pronto a preparar los des-
tinos del porvenir.

De otra parte, este procedimiento mejicano es, en la in-
fancia, el medio de hacer agradable la enseñanza, cual debe
ser para que sea más provechosa, y entretanto va preparando
amplia y sólidamente la mentalidad y la capacidad productora
del niño, la misma que ha de formar su carácter y su eficien-
cia. Méjico toma así la delantera en estos cultivos autónomos,
y lo felicitamos cordialmente.

Debemos en consecuencia aplaudir a MARTÍN FIERRO por cuanto una iniciativa por él prestigiada ha tenido éxito tan brillante.

PEDRO FIGARI
Gran pintor uruguayo.

(Martín Fierro, Buenos Aires).

Las inconsecuencias de los viejos

A propósito de la pretendida y fracasada idea de celebrar el centenario del nacimiento del político español SAGASTA.

... Fué Sagasta un moderado. Se arrepintió de lo que embellece y engrandece su figura, de lo que calificó de locuras juveniles, de lo mejor del hombre: de la juventud. Lo mismo que él fueron Martínez de la Rosa, Alcalá-Galiano, Istúriz, Toreno, Olózaga. Renegar de la juventud es una especie de suicidio. No mata el ser, como muy caritativamente para su gloria hizo Mariano José de Larra; pero mata, como en este caso, la fama póstuma, la buena memoria, el aprecio de la posteridad. Nadie más que el mismo Sagasta, con sus arrepentimientos, con sus burlas al hermano Paz, con sus sonrisas hacia el condenado a muerte y sus encogimientos de hombros al oír recordar frases suyas contra el general D. Leopoldo O'Donnell, combate ahora, y se opone ahora, y se ríe ahora, del empeño de conmemorar el centenario de su nacimiento.

El del joven ingeniero riojano todos anhelamos conmemorarlo; el del *viejo pastor* sólo unos pocos, a los que falta el calor de aquellos desagradecidos que estarían más fríos que un cadáver sin el abrigo sagastino.

El hombre que de viejo reniega de lo que fué cuando joven, sobre condenar lo mejor, si no lo único bueno de su vida, se condena a ser quemado en efígie, a ser olvidado pronto o a ser denostado por las generaciones sucesivas. Es el caso de Sagasta. ¡Cuán distinto del de Pí y Margall, que fué de viejo consecuente con los principios que defendió de joven; que extremó en los últimos años de su vida la rebeldía, la audacia y la insolente sinceridad de sus juicios, y que expiró hablando, como joven, a la juventud escolar. Por esto el año pasado no hubo un joven que se opusiera a la celebración del primer centenario del nacimiento de Pí y Margall, y por esto no hay el presente año otro joven que el nieto de Sagasta defensor de la celebración del primer centenario del nacimiento de quien fué presidente de gobiernos en los reinados de Alfonso XII y XIII y en la regencia de doña Cristina. Por eso, por eso, vejete verdes, vejeteros cobardes, viejos chochos, por eso. No reneguéis en el invierno de la primavera de vuestra vida. He ahí la moraleja.

ROBERTO CASTROVIDO

(La Voz, Madrid).

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL
Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscribase! Las cuatro entregas mensuales: ₡ 2.00.

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Organo de la Secretaría de Educación Pública de Panamá

Director Fundador: Doctor OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores: ALEERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores: ALFREDO A. BIANCHI — ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

W. Shakespeare: <i>La Tempestad</i>	₡ 1.00
Benjamín Constant: <i>Adolfo</i>	0.50
E. González Martínez: <i>Poesías selectas</i>	1.00
E. J. Varona: <i>Cervantes, Hugo, Emerson</i>	1.00
J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos).	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
*Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbogelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosistas uruguayos).	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gheraldy: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta).	6.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tom., pasta).	3.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta).	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tom., pasta).	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	1.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta).	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	1.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00
J. E. Rodó: <i>Parábolas</i>	1.50
Nicolás Maquiavelo: <i>El príncipe</i>	0.50

Equivalencia: ₡ 4 = \$ 1. oro am.